

REVISTA
LECTURAS

CUATRO POEMAS DE GUÍA DE DESPACHO

(SUBTÍTULOS PARA UN VIDEO CASERO)

Enrique Winter

Entrevista a Enrique Winter

Miércoles 27 de abril. Plaza Italia. Nos encontramos 10 minutos antes de lo acordado. Enrique Winter (1982) viste una polera azul con un cuadro de Dalí, pantalones setenteros y zapatillas. Se ha tomado el día en el Congreso donde trabaja como abogado. “Se ve el poder de muy cerca” comenta. *Guía de despacho*, su último libro (Ed. Cuarto Propio, 2010) es todo lo contrario al poder, los poemas en él nos hablan de la fugacidad, de la caducidad de las relaciones y las cosas.

“Emplazamiento” su primer poema, nos sitúa en un lugar en decadencia, flanqueado por industrias en desuso donde lo único que queda de vital es el mar. ¿A qué nos invita?

A la humildad. “Emplazamiento” hace una definición de lugar que me interesa en tanto escenario, y que después pongo en entredicho. Está constituido por las primeras notas -casi textuales- que tomé a fines de 2008 en San Carlos, Región de los Ríos; que era un pueblo ballenero, próspero hasta el maremoto del 60. “Agüero”, el segundo poema ocurre literalmente en la misma playa e invita a la conversación del libro, desde la simetría feroz entre el padre que olvida, de tanto recordar, el nombre de su hija, y el otro que es evocado con precisión en “Arquitectura”. “Emplazamiento” es la fugacidad en lo permanente, en lo que parece sólido. Me interesa, desde ese primer poema, cuestionar poéticamente los modos de vida, que parecen totales y que caen en el desuso que señalas.

Guía de despacho plantea además, que los lugares se parecen muchísimo entre sí, les quita las mayúsculas y sólo distingue a las personas. Las apunta -la literatura para darles existencia, aunque por decirlas no me hablen más- en un gesto que lo diferencia de *Rascacielos* (2008), construido en la búsqueda de lugares distintos. Su epílogo es este registro de sensaciones, de interpretaciones hacia adentro de lo que se vio -y perdió- afuera.

El lugar arrasado es también una metáfora del lenguaje, de cómo está roto y fragmentado. Desde ese lugar inhabitado por las nuevas cosmovisiones, se expide este documento mercantil.

Otra figura en Guía de despacho son las ballenas. ¿Hay algo de influencia romántica, de la emergencia de lo salvaje a lo Moby Dick?

Moby Dick obviamente me encanta, no tanto por lo simbólico -aunque el cumplimiento de todos sus designios nos trasciende hasta en la película de Huston- sino por el lenguaje, el vaivén de las olas, el ritmo de la venganza, la inquietud permanente, el manejo del suspenso poético

en Melville. Ahora, para el libro, el encuentro con las ballenas es casual y luego lo desarrollé desde la obsesión. Como escribo moviéndome, visité Quintay, Iquique y Talcahuano, otros lugares donde había balleneras, y me fui empapando del detalle. Lo primero que encontré en Quintay fue un poemazo de Neruda que lo dice todo. Luego de blasfemar, decidí no escribir más sobre las ballenas, pero lo hice igual. El rollo más bien es el de la confusión humana del tamaño con la antigüedad y el misticismo, y de éstos con la violencia. Me interesa cuestionar las nociones románticas y del ímpetu, desde otro ímpetu, que es el que me ha hecho escribir sin pausa. Aunque hay emergencia de lo salvaje en *Guía de despacho*, se manifiesta más como la falta de pertenencia posterior al ejercicio de esa libertad.

Finalmente, las ballenas pasan a confundirse acá con las personas y lo único realmente violento, lo único realmente grande es el mar, que tengo muy presente porque vivo en el puerto hace cuatro años y tal vez más presente porque jamás dejaré de ser un intruso frente a él.

El primer poema de tu primer libro dice “Bajo la superficie de los mares/ hay espacios en blanco”. El mar aparece a lo largo de tu obra como figura clave, ¿qué líneas lo cruzan?

“Maestranza” es una premonición adolescente de la maquinaria de producción poética, desde las iluminaciones creativas a los críticos. En él, el mar es una de las metáforas. Pasa también que cada uno de mis libros responde de alguna manera al anterior y no -en principio- de manera consciente. Voy con mi libreta y permanentemente escribo lo que veo y siento, lo que me disloca. Tengo miles de carillas fechadas, las que en su relato me muestran cuáles son mis fijaciones. Ya consciente de ellas empiezo a investigar y a escribir desde una arquitectura. *Atar las naves* (2003) es un libro sobre el no viaje, sobre el encierro. Los cinco años siguientes recorrí todo lo que pude y emerge *Rascacielos*. Siempre tiene que ver con el fracaso de los convencimientos, por lo demás juveniles. En *Guía de despacho* encuentro los espacios de desesperación que interpelan más allá del viaje. Lo que se va perdiendo se comunica mucho más con el otro. En *Atar las naves* hay un deseo de mar, *Rascacielos* está escrito de espaldas al mar, entre los edificios y adentro de ellos, forzado el gesto de no mirarlo, pues otros ojos -que no los míos, como en el teatro- nos relatan. En *Guía de despacho* estamos dentro del mar.

Algo transversal a tu poética es la experiencia del viaje. Tomas a veces los modismos locales o palabras típicas. ¿Cuál es el sustrato poético que de ellos sacas?

Hay primero un sustrato de habla, de lenguaje. Un verse a sí mismo otro desde el lenguaje. Lo que parece para uno natural de las palabras en su país, se pierde en el extranjero, incluso en el mismo castellano. Esa experiencia con pueblos que tienen un idioma muy fuerte, como

México o Perú, es fundamental porque hace ver lo inobservado. Me provoca en mis experimentaciones formales, en el sometimiento a presiones en las palabras, indisolubles de las imágenes desde las cuales escribo.

La experiencia con otras lenguas, el inglés por ejemplo, obliga a pensar en la de uno y en cómo el lenguaje va creando realidad. Sorprende en el castellano, por ejemplo, cómo nos hacemos cargo de las cosas que nos suceden. En “se me olvida” o “se me antoja” uno es apenas objeto. ¿Decido que “me gustan las mujeres” cuando lo digo? ¿No será más bien que las mujeres -tercera persona plural- lo deciden en “gustan” -tercera persona plural también-? Y qué decir si se tratara de ensaladas o mesas las que me gustaran. En el inglés todo tiene un propietario “me lavo mis manos”, algo impensable en “las manos” castellanas y que lleva a pensar también en lo difícil de una teoría comunitaria o de izquierdas en inglés... En el francés es el yo. En inglés el dominio sobre el objeto. En el castellano me apasiona la plasticidad para no llegar al punto, lo que es muy poético. Es un lenguaje hecho para merodear las cosas. En términos experienciales opera lo mismo. Además me apasiona viajar, como escuchar música, lo que es muy provocador en términos inspiracionales, aunque no necesariamente como propuesta estética. No es necesario dar cuenta de los viajes. En nuestra era la información ya está, lo importante para mí es la transfiguración, lo que puedo decir de eso. Es ilustrativo que las grandes novelas que hablan sobre México fueran escritas por extranjeros, desde Bajo el volcán de Malcolm Lowry hasta Los detectives salvajes de Bolaño, por ejemplo. La tensión social en México está tan encima -en la calle nadie se parece ni remotamente a quienes aparecen en la tele- que alguien criado ahí la ve borrosa. La gracia del viaje es que uno ve todo con ojos nuevos, con los ojos del niño, brillantes. Desde la perspectiva aparecen el descubrimiento y el hallazgo.

Junto al viaje escribes varios poemas de o desde los buses, como una cápsula en la realidad, donde, a mi parecer, se pone en juego el problema del arraigo.

El arraigo viene cuando uno está fuera. En Estados Unidos mis problemas los iba a hablar con el chileno, con el que no tengo nada que ver y que nunca más vi, pero que me daba un espacio de entendimiento. Es natural. Uno es un provinciano siempre. Celebro que veas el bus en los libros que he escrito como uno solo, así lo hizo un amigo que me acaba de conmover con un collage en base a retazos de telas y boletos que me pintaron una micro. *Atar las naves* propone que lo que nos está matando es la falta de viajes, una noción del espacio cerrado, a pesar de la posmodernidad; de que uno no viaja sino que peregrina. El viaje sería como un vector hacia adelante, mientras que la peregrinación es una vuelta en círculo, que se vuelve casi pornográfico o hiperreal cuando uno piensa en el Transantiago, que está diseñado para que hagas siempre el mismo recorrido, siendo profundamente difícil salir de él. Eso es la mi-

cro. Eso no lo nota la gente que anda en auto o a pie. No tienen la noción del viaje predeterminado. Yo me fui a una ciudad donde hago todo caminando. Eso pensaba en *Atar las naves*, que las micros son nuestras naves, el mar está afuera y nosotros encerrados: “las ventanas del bus se empañan/ y son más bien espejos/ en que sus pasajeros se hermetizan.” Con los libros posteriores desarrollo la obligación del encierro dentro del bus, de los tiempos muertos que suceden, así como con las esperas en los aeropuertos. Son espacios en que puedo leer novelas enteras, pues en la vida abierta estoy condenado a leer poesía, desde el fragmento. Tengo una relación conflictiva, real, con los buses, me interesan sus sonidos y olores, esa sensación aglutinada, amarilla y el paisaje afuera como viñetas animadas. En *Guía de despacho* digo que los buses nos han robado hasta el viaje. La ruta nos robó el viaje. Se reproduce el mismo orden de sentido de la jornada completa. Uno se encarga del triste oficio de volver eficientes los espacios a los que llega del modo más directo posible.

Guía de despacho, el título en su literalidad, nos remite a objetos comunes, a transacciones burocráticas, lejos de la poesía olímpica.

Esa es la apuesta en términos estructurales. Va en el sentido de cómo opera este intercambio mercantil de objetos -de una rapidez inminente- con las relaciones humanas. El trato con este tipo de documentos es mucho mayor que con las personas queridas. Es absolutamente imposible no aplicar parte de esas relaciones objetuales en las personales. Esa caducidad y simpleza. La guía de despacho registra un traspaso, ni siquiera una venta, solamente dice que aquí están disponibles unas cosas para usted. Es exactamente lo que hago con los poemas: yo tenía disponibles tales cosas que ahora se las entrego. Yo las perdí y no hay una devoción. Efectivamente es una poesía a ras de suelo, pero a ras de suelo como los discos de Iron Maiden que dicen elevado hacia el infinito, en alguna parte del bar o de Víctor Jara cuyo canto es de los andamios para alcanzar las estrellas. Hay una noción de margen que no sueña, o poder que no se ensucia, pares de conceptos que se cuestionan muy poco. Si uno trabaja el lenguaje, es a lo menos para romper el lugar común de sus falsas dicotomías.

Me interesa una poesía en que la gente se sienta interpelada, porque cuestiono cómo se vive, cómo resolvemos las inquietudes comunes, cómo se paran la olla y el miedo. Me interesan esos espacios y sus relaciones de poder, que están dominadas por estos documentos. *Guía de despacho* también como guía el despecho, de la pérdida. Este documento además, con ese nombre, no existe en ninguna parte más que en Chile. El único país que llamaba eliminatorias a las clasificatorias, sin ir más lejos. En inglés se usa el opuesto “receipt” (recibo).

¿Qué influencia de la antipoesía hay acá?

Releyendo a Nicanor Parra me ha decepcionado su obra y se me ha engrandecido su gesto. Nos adelantó 50 años respecto al “coro de los grillos que cantan a la luna” y desde ahí escribimos todos aunque sea por reacción, mucho más que con otras figuras tutelares. Lo mismo que en la poesía mexicana con Paz, o reaccionaban a él desde una decodificación feroz o seguían arriba de su caballo. Con Parra pasa eso, pues me parece tan necesaria la escritura donde todo es poetizable y discutible, esa poesía del habla, del diálogo y del encontrarnos. Escribo desde ese mismo lugar, definitivamente, con todas las vueltas que han sucedido desde ahí también. Su obra: Poemas y antipoemas es un libro redondo, La cueca larga educa la oreja y desfrunce los ceños; me interesa el hablante medio histérico de Versos de salón. En cuanto a Sermones y prédicas del Cristo de Elqui, entiendo y celebro que sea el otro, pero ¿me interesan los textos? Ahora, cuánto poeta pasa por la vida sin hacer ningún gesto... sí que es enorme Parra, habito su mundo, pero siento que me alejo de su escritura.

Lihn, Anguita y Martínez aparecen en el estilo, con una cita escondida y como título, respectivamente, en Guía de despacho, ¿Son ellos tus influencias y cómo?

Esos tres son fundamentales, y creo que son la respuesta a tu pregunta sobre la antipoesía. Lihn llega a un punto que no puede seguir avanzando sin negar su obra anterior. Lira la recibió boteando en el área, lo de llegar a una discursividad centrada casi exclusivamente en la ironía y el escepticismo. En personalidad y en inquietudes, me siento distante al escepticismo. Soy muy pesimista, pero esto no me inhibe de la acción, sino que me manda a pelear la microhistoria. Soy desconfiado de los desconfiados, entonces esa actitud específica de Lihn a mí me termina alejando, me gusta más el Lihn lírico y metafísico de los 60 y el político del final. La pieza oscura, Poesía de paso y Escrito en Cuba, sobre todo cuando pega el gran chirlo a ser poeta joven, fiesta que se acaba “donde el horizonte de lo que creías posible retrocederá exacta-/ mente un paso/ como si comenzara la danza de la muerte”, cuando uno se mete en la palabra y deja de dormir tranquilo en búsqueda de cruces de sentido, que para el mundo parecieran no tenerlo. Además la danza de la muerte me ronda en su aspecto igualitario. Puedes ver cómo mis últimos dos libros proponen la igualación de las experiencias de distintos personajes, no hay altos ni bajos, sólo tensiones entre ellos y entre las palabras. Por lo demás, creo que la poesía me ha permitido sobrevivir, por vía de acercarme más a la muerte.

Anguita para mí es tutelar. Venus en el pudridero es un poemazo. Me cuesta leer a Rojas -su respiración, la suma de versos clásicos, heptasílabos y endecasílabos de preferencia, que hace dialogar en las mismas líneas, ocupando la calentura propia del castellano gongorino-,

sin Anguita, con su sensualidad trascendente, que me conmueve montones, aunque parezca fuera de época y en otra clave.

Así Barquero, creo que ya no se pueden referir las cosas cotidianas sin transformar su materialidad como él lo hizo. En Anguita está la otra en su violencia, está esa imposibilidad hegeliana de poseerla, donde ni aún penetrándola puedes ser la otra y si llegas a poseerla como un objeto pierdes todo el interés del sujeto. Esa humanidad que uno busca en lo que atesora, esa dialéctica está en Anguita.

A Martínez le debo entender la lectura como experiencia, la apertura al juego y al experimento cuando apenas comenzaba a escribir en verso. El poema a que haces mención surge de mi reacción a su bolsa de tierra del valle central de Chile: nuevamente se trata de la muerte. Pero por supuesto que mis mayores influencias son otras, partiendo por la literatura universal y las artes visuales. He temblado como un cordero ante los brochazos de Turner, anteriores y posteriores a las balleneras que describo. Actualmente compilo centenares de fragmentos en verso que he recogido de mi relación con el arte, principalmente contemporáneo. Entiendo la literatura como un registro de existencia, pero también como un espacio de creación de conceptos y apertura de sentidos, lo que está más ligado -en la práctica- a esa disciplina, y además la distinción entre disciplinas no me convence. Mis referentes son la música, la filosofía, la física y sobre todo, las relaciones corporales, la ternura más abstracta de lo citado.

Dame una especie de panorama de la poesía actual chilena.

Cuando pienso en un panorama pienso en los colectivos -agrupados hoy principalmente en torno a proyectos editoriales- y me interesa mucho cómo Ripio Ediciones mezcla teoría y poesía en el terreno de esta última. Ediciones Tácitas y Cuarto Propio también lo hacen desde sus trincheras. Ediciones Inubicalistas nutre un espacio con más madera que luz en la poesía chilena, pretendidamente fuera del canon, que nos ha dado mundos desconocidos al centralismo. Ahí conviven espacios inescrutables con otros de mucha piel. Sin duda un lugar con profundidad de debate y de discusión leal sobre estética en la poesía actual ha sido Santa Rosa 57. Las últimas obras surgidas de ese rigor están creando mundos entrañables, que demuestran la necesidad del diálogo. Mundos que discutí estos últimos años en Ediciones del Temple, La Sebastiana y el Instituto de Arte, mis últimas coordenadas previas al desaparecimiento. Algunas obras de las generaciones mayores siguen sólidas. Lo que me preocupa del panorama joven es la respuesta tardía, hermética y especializada, a una escritura que tuvo mayor recepción en aquellas generaciones y en la prensa, vinculada a la sobrecarga del lenguaje, a lo barroco y a minorías sexuales o sociales, que a mi juicio tuvo su interés. Mientras la academia estadounidense pide que países tercermundistas como el nuestro instalen esa protesta, y no una propuesta; la academia chilena ha pedido la destrucción del poema por vía

de sustratos críticos del lenguaje, pero sin el rigor de las reflexiones a que estas críticas se refieren ni menos por vía de imágenes o ritmos. Protesta recargada sin propuesta y academismo inentendible: dos esquinas que me preocupan políticamente, no porque uno se quede solo, aunque sea cierto, sino porque siento que el 99% de los humanos no está considerado de antemano en ninguna de ellas. Me inquieta que traguemos con facilidad teorías críticas -que leo y disfruto- sin aplicarlas a la realidad en la que estamos inmersos. Aunque la poesía fuera un lenguaje especializado, no puede renunciar incluso a intelectuales sensibles de otros oficios, ni menos a la vida y su fragilidad. Los poemas que me alucinan, los que me generan nuevas preguntas y me dan ciertas respuestas son poemas hechos de desesperaciones vivenciales. No quiero que el lector se acostumbre - como cuando ve el noticiario- a que la poesía no le devuelva la mirada.

SOLES

0098

Un sol, la dicha
sorprende a la mesera que recibe
la propina cual dios del mismo nombre.

Un sol rojo en la playa, píxel en el ojo
de una foto digital que no debimos sacarnos,
interrumpido por líneas de nube (las cataratas)
y la tele del bus,
polvo que impide otros polvos
en un desierto que ningún pasajero reclama,
inadvertido el mar (el iris).

El bus auspicia la negra carretera
que corta el arrebol,
una camiseta que sería de rangers
si estuviera en mi tierra y no
donde ninguna construcción se ha terminado
para eludir impuestos o mirar las estrellas,
apenas cubiertas por la ropa interior colgada
y flameando: camisetas de un equipo pequeño

visitando el estadio de la masa tevita.

La rueda del triciclo armando un taco, este sol
tres cuartos en el agua su reflejo,
más la pantalla del bus que ese ojo rojo.

Una vez me dijeron que era un sol.

Y si para tocar el sol bastaba
poner el dedo chico en la primera
cuerda luego del do, siempre enseñaron
mejor el anular, voltearlos
como el cartel –cerrado– en los boliches
y me dan ganas de contarles cuál
es el cambio de sol a peso,
pero la tasa es otra (juego de manos
y muecas) cuando la pronuncio
en la guitarra.

En el cielo despejado no hay puntos de referencia
para decir cerca o lejos.

Mejor que venga el sol, que trague

a quienes lo permiten apenas quince días
retribuyendo el año de maltratos
(era gratis, gratuito, gratis, gratis).
Con el color ladrillo de las casas
sin terminar (ya, casi todas)
dorado el oro, el día, el hombre
no la plata, la luna, la mujer (acaso la pantalla
o bien la dicha de la mesera que recibe
la propina cual dios del mismo nombre).
Las decenas de veces que intentamos la foto
con la puesta de sol, la espera
por revelar un rollo que nos presentaría
negros de nuevo, tapando un rojo inentendible.

En la ciudad que habito yo decido

si me alimento, si me abrigo, si miro mis pisadas cuando vuelva.
Quien decide afuera es el sol,
si crece algo de comer, si muero
de hipotermia o transpiro.
Le rezaría a él antes que a nadie:

yema de huevo de campo
derramada en mar la copa
no del galán de la tele
sí de los espectadores.

La clara previa a revolverse es una nube
y el cielo cubre la paila.
El ruido de ese aceite recuerda al de las olas
cuando se está en el mar y no con la conchita en el oído,
a regadores cuando empapan, y

las películas nos robaron hasta el atardecer.
El bus nos ha robado el viaje.

Al sol lo construyeron jornaleros
como los de este bus, que ni lo miran
ahora que la energía puede inventarse en otros soles,
que no los broncearán
aunque se juren invitados.

Difícil adorar a un único sol
cuando ya existe la palabra soles

y uno no sabe si vio el mismo ayer
(cambiaron el camino y la abrazada)
cuando al camino le salieron brotes
y a la que amamos, el fruncido ceño
las decenas de veces que intentamos la foto
con la puesta de sol, la espera
por revelar un rollo que nos presentaría
negros de nuevo, tapando un rojo inentendible
como el del ojo en tomas digitales.
Acaso quede el puro rojo
que ven los cerrados cuando al sol,
delgados pájaros de interferencia.

La terramoza (qué palabra) dice
que para una mejor visión de la película
se cierran las cortinas.

RIBEIRO

0106

Soy verano, atrevida y un poco primavera.
Soy apasionada, dedicada, celosa, soy muy fiel.
Soy coca-cola. Soy asado de posta paleta a punto.
Soy comer afuera, de a dos. Soy filete de pescado.
Soy pizza de nova zi. Soy dulces 7 belo.
Soy hamburguesa de the fifties.
Soy cebolla de outback. Soy chocólatra.
Con toda certeza no soy sashimi ni sushi.
Soy guías de viaje. Soy mapas.
Soy internet. Soy tele. Soy diarios.
Soy corinthians.
Soy música buena. Soy cine.
Soy jeans. Soy negrita. Soy simple.
Soy cara lavada. Soy pelo liso.
Soy jeep. Soy bici.
No soy micro en sao paulo.
Soy sao paulo, pero soy mucho más araraquara.
Soy ubatuba, soy el litoral norte entero.
Soy brasil. Soy trancoso, soy bahía.
Soy montaña, pero soy mucho más el mar.

Soy la puesta de sol en la playa.
Soy más noche que día. Soy la mañana.
Soy la calle 5 en araraquara.
No soy gimnástica.
Soy una tortuguita de agua. Soy un girasol.
Soy más cama que mesa, más música que silencio.
Soy más flor que fruta, más dulce que salada.
Soy esmalte blanquito. Soy pop.
Soy cariñosa. Soy capricornio.
Soy carnaval. Soy Chico Buarque.
Soy cielo estrellado de isla grande reflejado en las aguas de saco do céu.
Soy luna llena.
Soy rock. Soy show de música en vivo.
Soy beso en la boca. Soy cómplice.
Soy un abrazo fuerte.
Soy un camino, soy río santos.
Soy una sonrisa. Soy explosiva. Soy reggae.
Soy arrepentida. Soy sicodélica. Soy equivocada.
Soy familia. Soy linda. Soy un sol.
Soy correcta. Soy una vuelta por pacaembú de noche.
Siempre fui labrador y ahora también soy staffordshire.
Soy la Miná. Soy yo misma.
Soy Sabrina.

VALENTINES

0119

Amaranto. Burdeo.

Desmembrado como vino sobre el agua
del lavaplatos, dejando luego
un rastro sólido indigno de la belleza acuosa
de la mezcla, de la inquietud
previa al viaje,
mi padre tuvo que ofrecerle matrimonio a mi madre
para que volviera.

La distancia no es para las personas
y descascara el barniz de los días.

A treinta años de entonces
no tengo nada que ofrecerle, ni vuelve:
estuve más allá de los breteles los últimos catorce de febrero.
Lo que vemos es sólo un rastro de ese afuera.

El dos mil dos fui de cucao a panguipulli
con Belmar y otra Parra. Mis amigas
se cubrían, después meábamos de frente.

Dejé la cámara de fotos en una bencinera
de puerto montt, noté esto en puerto varas,
les dije –sigan, yo las pillo luego
de encontrarla. Las fotos a veces se disparan a lo oscuro
y no lo captan, se nos velan.

No hubo cámara, dedo, ni pasaje
(en osorno a las ocho de la noche)
tomé una micro y luego un bus me trajo
de vuelta al centro. No quedaban viajes
en el terminal, no cargaba carpa
(tampoco en los catorce de febrero siguientes).

Esa noche era el cumpleaños
de la eterna polola de Dittmer, que dos meses
más tarde lo dejó. Subí a un camión
vidriero sin que me parara

y caló el viento lo copiado en la página sesenta
y tres de Atar las Naves. Un incendio
forestal me cerró la cinco sur,
lo atravesé hasta lanco. Las personas
no pisan autopistas, y por eso
el otro lado yace en éstas.

Eran las diez y media y avisé mi llegada.
Subí a la camioneta de un borracho
y viré. Tres de la mañana,
quedaba torta.

Año siguiente, al este del lago todos los santos
unos barqueros nos devolverían
a la muerte diaria. En la carpa nos tocábamos con Tupper:
afuera está la noche. La luz es cáscara y costra
apenas un papel
que separa el regalo redondo,
un mundo, del negro universo.
Desde adentro ahora,
la noche que somos en la carpa
la linterna nos envuelve (cuando empecé esta vaina
seguíamos juntos y la frase final
tenía sentido. Hoy veintidós de noviembre de dos mil cuatro,
he retomado su escritura desde “unos barqueros”
y no sé cómo impedir que se derrame el café con leche
de los ojos de Muñoz
o el vino sobre el agua del lavaplatos,
menos que en la sesenta y siete de Rascacielos me referiré

a lo que sigue).

Los germanos hermanos partieron sin mí y decidí seguirlos.

No los encontré sino cuatro horas, una lluvia

y un rezo a quizás quién nuevamente olvidado, más tarde.

Adentro de los bosques opera lo que no vemos,

se oyen las toses de los intermedios del teatro

y los correos electrónicos que no se reciben.

Hace frío y mis rulos

cuando tienen sueño se alejan lánguidos del ojo,

atento a huellas que son sólo propias

tras una tarde jadeando en círculos. Las manos son de otro

que persigue mierda de caballo (rasgo de vida

para encontrar la ruta), hojas que crepiten donde duerme.

De otro que vuelve en un chaleco roto y retoca a su polola.

Para el tercer catorce de febrero

decidí no perderme. Y fallé.

A Omerovich y a Ortiz no les gustó futrono, me raptaron

una semana antes en cascadas

y no había transporte. Siempre que faltan buses

se (in) interrumpe nuestro lado, como el hipo del fax

sobre la música ambiental, y pestañea ése de afuera,
el bretel. Pero lo que vemos es
un rastro sólido indigno de la belleza acuosa
de la mezcla, de la inquietud
previa al viaje.

Quedé solo en el cruce reumen,
pero no el cinco de enero de dos mil ocho
cuando Omerovich, luego de un año sin juntarnos
me pidió esto para su tesis, que dejó botada,
entonces sí que la frase final no tuvo sentido,
llevaba cuatro años sin extraviarme.

O cinco si consideramos que hoy es san Pedro y san Pablo
de dos mil nueve cuando, solo en valparaíso
recuerdo el miedo,
lo busco en la repisa y decido agregarlo a Guía
de Despacho, sin cambios.

Es horrible paillaco y si en osorno es de noche
no hay furgón a cascadas, tan sólo a puerto octay.
El dedo me duró hasta calo
y nadie se detuvo a oscuras por un flaco sin brillo
al que esperaba un kuchen de manzana.

Reemplazará mi vida en carreteras.

MERCADERÍA

0129

No tuve un amigo imaginario.

No me subí con él a una casa en el árbol ni a los árboles.

No formé una pandilla ni hice pactos de sangre con los vecinos.

No jugué con ellos en la calle,

no me manché con barro porque ellos lo hiciesen

ni me entré por comida casera.

No usé la jardinera igual a mi hermano.

No me gustó la más linda del curso, no formé un club de nada.

No fui punk ni metalero. No actué en una compañía.

No me asocié a un club deportivo ni a una liga de fútbol,

menos a una tribu urbana.

No participé en ninguna junta de vecinos.

No milité en un partido político.

Casi ni fui a los cumpleaños familiares. No conocí a los sobrinos menores.

No conviví con una pareja ni me proyecté más allá de sus caderas.

No llamé ni me llamaron diariamente.

Nadie me fue y a nadie le fui incondicional. Ni lo pedí.

No tuve un colectivo ni un grupo cerrado de amigos.

No hubo una cofradía a la que pedirle pega,

no recurrí a influencias protectoras, ni las hubo.

No trabajé con compañeros de estudio.

No confabulé con grupo alguno para instalar a alguien.

No me esperó nadie en las ciudades a que me mudé ni tuve domicilio fijo.

No me sentí inseguro para pedir el mismo cigarrillo o el mismo trago

de la tele. No tuve tele ni sus temas.

No tuve cargas familiares en la isapre ni tuve isapre.

Tampoco ropa de marca ni la necesité.

No me inscribí en messenger, blogs, fotologs ni facebook.

No tuve deudas ni aparenté lo que no tuve.

Mi tiempo pasado jamás me pareció mejor.

No cambié mi vida por la de nadie ni lo haría.

No los cargué con mis problemas por parecerme menos graves

y los del resto me fastidiaron un poco.

Soy absolutamente libre (y me arrepiento).